

COVID-19: CONTRIBUCIONES PARA PENSAR UNA NUEVA ÉTICA DE LA CONVIVENCIA ESPACIAL

COVID-19: CONTRIBUTIONS TO THINK ABOUT A NEW ETHICS OF SPATIAL COEXISTENCE

COVID-19: CONTRIBUIÇÕES PARA PENSAR UMA NOVA ÉTICA DA CONVIVÊNCIA ESPACIAL

[...]

*Todo lo que sabemos sobre los motivos
que impulsan a los seres humanos a relacionarse
es puro lugar común.*

[...]

Sándor Márai

RESUMEN

A poco más de 18 meses desde que fueran detectados los primeros casos positivos por SARS-CoV-2 en el mundo, y después de más de 170 millones de personas contagiadas con esta dolencia, el surgimiento de la pandemia del Covid-19 continúa creando escenarios de incertidumbre. El presente artículo aporta elementos para pensar (en) una nueva ética de la convivencia espacial que considere el futuro como territorio de posibilidades, y que pueda representar una alternativa de superación a la crisis de desconexión con la naturaleza. Se trata de una invitación a imaginar formas creativas de relacionamiento multiespecies, que conduzcan a la creación de nuevos sentidos de lugar y pertenencia en un momento histórico marcado por la emergencia sanitaria. ¿Qué tipo de aprendizaje estamos obteniendo de todo esto? ¿Cuál es nuestro posicionamiento en relación con esa serie de desafíos y oportunidades? Todavía está por verse si el nuevo coronavirus puede estimular un cambio paradigmático en la dirección apropiada. De momento, lo que es posible advertir es la presión creciente por modificar la narrativa antropocéntrica de “estar-en-el-mundo” que, de manera trágica y sin precedentes, está acabando con nuestras opciones para habitar el mañana.

Palavras-chave: Espacialidad. Geografía. Intersubjetividad. Lugar. Pensamiento crítico.

ABSTRACT

SARS-CoV-2 first cases were detected almost 18 months ago. Since then, over 170 million of people has been infected. The emerging Covid-19 pandemic still creates scenarios of uncertainty. This paper brings some elements to think a new ethics of spatial coexistence that consider the future as territory of possibilities and an alternative to overcome our disconnection with nature. This is an invitation to imagine a set of creative ways of multi-species relations and to identify new senses of place and belongingness in the historical context of the Covid-19 pandemic. What kind of learning are we getting from all of this? What is our position regarding these challenges and opportunities? It remains to be seen whether the coronavirus can stimulate a paradigmatic shift in the appropriate direction in our understanding of world. Meanwhile, we are experiencing growing pressure to modify the anthropocentric narrative of "being-in-the-world", that has compromised our options to inhabit tomorrow in a significant way

Keywords: Spatiality. Geography. Intersubjectivity. Place. Critical thinking.

RESUMO

Há pouco mais de 18 meses, foram detectados os primeiros casos positivos por SARS-CoV-2 no mundo. E, desde então, mais de 170 milhões de pessoas têm sido contagiadas com essa doença. O surgimento da pandemia do Covid-19 continua a criar cenários de incerteza. O presente artigo aporta elementos para pensar (em) uma nova ética da convivência espacial que considere o futuro como território de possibilidades, e que possa representar uma alternativa de superação à crise de desconexão com a natureza. Trata-se de um convite a imaginar formas criativas de

 Luis Miguel Barboza Arias ^a

^a Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS), Porto Alegre, RS, Brasil

DOI: 10.12957/geouerj.2021.56186

Correspondência: lubasar@gmail.com

Recebido em: 23 nov. 2020

Aceito em: 20 ago. 2021



relacionamento multiespécies, capazes de conduzir à criação de novos sentidos de lugar e pertencimento, num momento da história marcado pela emergência sanitária. O que tipo de aprendizados estamos obtendo de tudo isso? Qual o nosso posicionamento em relação às oportunidades e desafios que se estabelecem? Embora seja preciso comprovar se o novo coronavírus pode estimular uma mudança paradigmática no endereço apropriado, agora é possível advertir a pressão por modificar a narrativa antropocêntrica de “estar-no-mundo”, que está acabando com nossas opções para habitar o amanhã.

Palavras-chave: Espacialidade. Geografia. Intersubjetividade. Lugar. Pensamento crítico.



INTRODUCCIÓN

A poco más de 18 meses desde que fueran detectados los primeros casos positivos por SARS-CoV-2 en el mundo, y después de más de 170 millones de personas contagiadas con esta dolencia, el surgimiento de la pandemia del Covid-19 continúa creando escenarios de incertidumbre. Hay quienes definen a este período en función de sus circunstancias inéditas. Otros prefieren caracterizar el contexto como Nueva Normalidad. Es así como intelectuales y científicos se esfuerzan en dar sentido a una realidad que tensa los límites de nuestros marcos cognitivos actuales y nos invita a pensar la relación entre sociedad y naturaleza bajo otro prisma.

La calma aparente en la que vivíamos resultó dislocada no solo por la incapacidad de dar una respuesta satisfactoria a situaciones imprevistas, como las causadas por las medidas de distanciamiento social adoptadas por los gobiernos nacionales. Nuestra vivencia de lo cotidiano fue alterada por causa de una nueva percepción en el uso del tiempo y el espacio, que aún sigue provocando cuadros de angustia y depresión en muchas personas.

Pero la pandemia del Covid-19 también trae con ella nuevas posibilidades, al colocarnos frente a una situación global sin precedentes. Para Lander (2016), la concepción de “las crisis terminales del patrón civilizatorio” ofrece alternativas para repensar conceptos como desarrollo y sostenibilidad, desde espacios de enunciación y acción que hacen posibles otros tipos de prácticas y modos de relacionamiento con el medio geográfico. Una mayor reflexión sobre la pandemia puede ser útil para producir diferentes repertorios analíticos que, de forma no convencional, nos ayuden a recuperar los márgenes de maniobra necesarios para enfrentar los efectos del nuevo coronavirus, y avanzar en la búsqueda de formas legítimas de defensa de la vida humana y la de todas las especies que habitan el planeta.

De acuerdo con el virólogo español Antonio Tenorio, la afectación por virus al ser humano es un fenómeno tan antiguo como la humanidad misma. Su característica eminentemente moderna, sin embargo, son las condiciones para su aparición y la capacidad de propagación que, ante una economía capitalista interconectada y un modelo de crecimiento basado en la sobreexplotación de recursos, pueden tener un alcance global en un período breve (OLIVERAS, 2020).

En una entrevista reciente, el pensador francés Bruno Latour señaló que, para superar los problemas económicos originados por las medidas de confinamiento que fueron adoptadas para disminuir la posibilidad de contagio, no basta con modificar el sistema, sino salir de él por completo (WATTS, 2020). Para Riechmann (2020), los esquemas de producción y consumo asociados con el capitalismo neoliberal, el aumento exponencial de las inequidades de toda índole y el negacionismo climático, son tres fenómenos estrechamente relacionados que impactan contra los límites biofísicos de la Tierra y ponen en riesgo su capacidad de regeneración.



En los niveles social y económico, la concentración desenfrenada de riqueza aparece como activa productora de desigualdades asociadas a la experimentación del tiempo y a la incapacidad de moverse en el planeta y de habitar territorios íntegros y seguros. Mientras que, en el nivel ambiental, las crisis son experimentadas como alteraciones profundas en el cuerpo vivo de la tierra: en su temperatura, fertilidad y conservación.

De acuerdo con Afelt et al. (2018), la antropización de ambientes naturales crea condiciones para que los encuentros entre seres humanos y especies silvestres sean más frecuentes. La intervención humana y la destrucción de los ecosistemas aumentan el riesgo de que nuevos virus pasen de una especie para otra. De este modo, fenómenos como la pérdida de superficie forestal, ocasionada por la deforestación y el incremento de la urbanización y los suelos agrícolas, provoca cambios en el paisaje y eleva la exposición al contagio en niveles que no habían sido experimentados con anterioridad.

En estos escenarios de crecimiento desenfrenado y ansias de lucro ocurre una guerra sistemática contra la vida (LANDER, 2016), que provoca devastación, dolor y muerte. En esta misma línea interpretativa, Latour (2012, p. 67) advierte sobre una problemática de desconexión *“que existe entre el rango, la naturaleza y la escala de los fenómenos y la batería de emociones, hábitos del pensar y sentimientos que se necesitaría para tratar la crisis ecológica”*. Una problemática que, de acuerdo con Haraway (2016), vuelve evidente la necesidad de avanzar hacia otros tipos de alianzas multiespecies.

El presente artículo aporta elementos para pensar (en) una nueva ética de la convivencia espacial que considere el futuro como territorio de posibilidades, y que pueda representar una alternativa de superación a la crisis de desconexión. Se trata de una invitación a imaginar formas creativas de relacionamiento con la naturaleza, que conduzcan a la creación de nuevos sentidos de lugar y pertenencia en un momento histórico marcado por la emergencia sanitaria del Covid-19.

Esta nueva ética de la convivencia espacial no se limita a la construcción de una narrativa moral moldeada por la noción de un peligro eminente. En cambio, propone un proyecto filosófico y político para la creación de espacios públicos orientados por imperativos de vitalización de la acción colectiva, según la acepción utilizada por Berdoulay (1997).

El documento se encuentra dividido en seis partes. Además de esta introducción y las consideraciones finales, en la sección dos se discute la crisis de desconexión sociedad-naturaleza y las oportunidades para la ciencia geográfica. En la sección tres se reflexiona sobre la posibilidad de encontrar nuevos sentidos de lugar y de comunidades ampliadas en el contexto de la pandemia y en las etapas posteriores. En la sección cuatro se profundiza en el pensamiento multiespecies y su importancia para la reflexión política sobre la convivencia



y el cuidado ético. En la sección cinco se alude a la formación de una subjetividad política derivada de la pandemia.

Crisis de la desconexión sociedad-naturaleza y oportunidades para la ciencia geográfica

La pandemia no puede ser comprendida de forma descontextualizada. La crisis ecológica provocada por el capitalismo se ha convertido en una de las principales manifestaciones del Antropoceno, una época geológica caracterizada por la acción dominante del ser humano. El Covid-19 sugiere el entrecruzamiento problemático entre la degradación que afecta a los espacios de reproducción de la vida silvestre y la expansión de un sistema socioeconómico extractivista y predatorio (WALLACE, 2016).

El surgimiento de estos “paisajes de la desolación” es una consecuencia directa del creciente desequilibrio ambiental, provocado por la adopción en escala planetaria de prácticas humanas insostenibles. Pero ¿cuál es su origen y sus causas más profundas? Para la antropóloga Ana Tsing, los *plantations*, es decir, los lugares en que ocurre la manipulación intensiva de los seres vivos y sus espacios ecológicos, para transformarlos en mercancías para la comercialización y el consumo humano (TSING, 2020), son un resultado de la modernidad occidental (europea), basada en las nociones de progreso lineal y racionalidad científica instrumental. De acuerdo con la autora, el desarrollo científico y tecnológico alcanzado por el hombre blanco en los últimos dos siglos contribuyó a crear el mito de la excepcionalidad humana, que tiene al menos tres implicaciones importantes (TSING, 2019).

En primer lugar, este mito está asociado con la falsa creencia en la autonomía humana; lo que configuró un imaginario del ser humano como especie separada e independiente del resto de la naturaleza. La relación sociedad-naturaleza es utilizada a menudo para significar dos categorías de análisis contrapuestas. Por supuesto, las implicaciones que se derivan de ese registro de interpretación no son solo epistemológicas o discursivas, ya que éste también tiene un efecto significativo en la generación de conocimiento científico y en la formulación de instrumentos de política pública.

En segundo lugar, la excepcionalidad humana derivó en formas de control de la naturaleza basadas en la dominación y domesticación de todo aquello que podría ser considerado como “no humano”. La atribución al uso indiscriminado del planeta responde a la idea ingenua de que el ser humano es capaz de gobernarlo todo. Esta tesis es trabajada de forma original y en detalle por el historiador de origen israelí, Yuval Noah Harari, en su libro *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad* (HARARI, 2014). No obstante, lo que Harari no hace explícito es que la burocratización y la tecnificación modernas condujeron a nuevos encantamientos del mundo.



La tecnociencia adquirió un carácter redentor que le permitió al ser humano trascender sus limitaciones materiales y proyectarse en dimensiones que, “humanamente”, estaban fuera de sus posibilidades. Esta proyección de las capacidades imaginativas y de invención contribuyó a crear un imaginario que coloca al ser humano “por encima de la tierra” y de los elementos y demás seres vivos que la constituyen.

En tercer lugar, la excepcionalidad humana está acompañada de la invención de nuevos registros ideológicos. El ideal supremacista del hombre blanco, civilizado y moderno se propuso como criterio de universalidad para someter no solo a las demás especies con las que se comparte el planeta, sino también a poblaciones, etnias y otros grupos humanos que fueron excluidos del reducido espectro societario movilizado por la modernidad europea.

La etapa globalizadora del capitalismo se caracterizó por la puesta en ejecución de programas de homogenización y estandarización sociocultural, a través de esquemas de producción y consumo que reproducen ese mito. La racionalidad económica del mercado capitalista se apropia del supuesto, aunque progresivo, distanciamiento entre lo humano y lo no humano para continuar reproduciendo el imaginario de la excepcionalidad, al mismo tiempo que desprecia la alteridad (DUSSEL E FORNAZZARI, 2002) y busca eliminar toda expresión de otredad propuesta por los proyectos ontológicos y culturales que sobreviven en los márgenes del sistema (LEFF, 2013).

La impronta del Covid-19, sin embargo, representa una inflexión en esa trayectoria. Nociones como vulnerabilidad, riesgo y amenaza comenzaron a ser replanteadas desde los primeros meses de la pandemia y los diferentes enfoques de securitización adoptados por los Estados para tratar la emergencia sanitaria reconocen de manera cada vez más evidente la futilidad del control total (VENTURA et al., 2020).

De este escenario de crisis, entonces, también es posible aprender una serie de lecciones. Una vez que el mito es capaz de resquebrajarse desde dentro del sistema que le proveyó de su racionalidad y recursos simbólicos, es posible pensar en otras alternativas de pensamiento que permitan la reinscripción del ser humano en la naturaleza.

Efectivamente, la disciplina de la geografía puede aportar de distintas maneras a lograr ese objetivo. Cabe destacar que cualquier contribución que se realice no puede perder de vista la necesidad de articular un pensamiento emancipatorio con los tipos de praxis política que serían necesarios para producir cambios en la racionalidad ambiental dominante y en la manera en que tales cambios son adaptados a las diferentes escalas territoriales y contextos socioculturales (LEFF, 2015; OSBORNE, 2017).



Por ejemplo, Blue y Rock (2020) se refieren a la importancia de mantener actualizados los fundamentos epistemológicos y ontológicos de las geografías más-que-humanas (*more-than-human geography*)¹, con el propósito de explicitar las relaciones entre la sociedad, el espacio geográfico y la participación de los distintos animales, plantas y microorganismos, en un registro de análisis más complejo y detallado. Esto implica la búsqueda de nuevos diálogos entre la geografía humana y la antropología social, pero también con otras disciplinas y áreas de conocimiento como la ecología política y la sociología ambiental.

De igual manera, es patente la necesidad de avanzar para nuevas formulaciones teóricas en el campo de la geografía, en las que las emociones, los afectos y las sensaciones puedan ser problematizadas como objetos de estudio válidos. Trabajos recientes como los publicados por Susanto y Rahayu (2020) y Maddrell (2020) brindan un rango más amplio de opciones en las que la geografía puede contribuir a la reflexión sobre los efectos y significados de la pandemia. Si bien estos estudios se enfocan en expresiones emocionales asociadas con los sentimientos de pérdida, duelo, soledad y aislamiento eminentemente humanos, la geografía de las emociones puede contribuir a la reflexión sobre nuevas formas de relacionamiento afectivo con el paisaje, el espacio geográfico y los demás seres vivos, en situaciones de restricción de la movilidad social y distanciamiento físico. Incluso, el conjunto de estas reflexiones puede acompañar la problematización de nuevas ontologías sensoriales relacionadas con la revalorización de los espacios naturales y el contacto con formas de vida en las que antes no habíamos reparado.

Asimismo, la ciencia geográfica tiene un rol central en la discusión política y ética sobre las estéticas de paisaje que emergerán de manera posterior a la pandemia, y que encontrarán su principal asidero en la dimensión territorial. De esa forma, al imaginar “las geografías del coronavirus” podremos ir más allá de su connotación espacial, para convertir ese imaginario en un recurso argumentativo y propositivo, a partir del cual continuar problematizando las complejas interacciones entre las prácticas de espacialización, la producción de territorialidades y la convivencia multiespecies propiciada por el modelo económico capitalista.

Nuevos sentidos de lugar y comunidades ampliadas

¿En qué medida la concepción de lugar contribuye a la reflexión sobre el sentido de conexión con el planeta, el ser humano y las demás especies? ¿Cuáles son las posibles implicaciones epistemológicas que supone una reflexión sobre la ética de la convivencia espacial en un contexto de pandemia? ¿Qué tipo de recursos simbólicos y discursivos pueden ser útiles en la representación metafórica de esos modos distintos de “estar-en-el-mundo”?

¹. Para una discusión más detallada sobre los abordajes más-que-humanos en la geografía cultural, humana y ambiental, ver WHATMORE (2006), COUNTRY et al. (2014), BEAR (2017) y DOWLING et al. (2017).



Proponemos una conceptualización de lugar basada en los aportes teóricos y las reflexiones elaboradas por Doureen Massey, Vincent Berdoulay y Livia de Oliveira que, lejos de brindar una respuesta definitiva a estas cuestiones, nos ayuda a poner en perspectiva sus significados más complejos. Nuestro objetivo aquí no es dar definiciones cerradas de lo que cada uno de estos autores considera como lugar. En cambio, incorporamos una serie de ideas que, entendidas en su conjunto, nos aproximan a una interpretación del concepto que resulta pertinente para caracterizar a la nueva espacialidad que podría estar surgiendo con la pandemia del Covid-19.

Una primera constatación importante es que el conjunto de estos autores vincula al lugar con la producción de intersubjetividades. De acuerdo con Amdur y Epstein-Pliouchtch (2015), tanto en Berdoulay (1989) como en Massey (1994), ese término solo puede ser entendido en función de los individuos que le otorgan un significado. El lugar, entonces, es un concepto relacional y performativo, que emerge de las relaciones sociales y a partir de la interacción de los individuos con el espacio geográfico en el que cohabitan. Esta performatividad además hace referencia a una distinción dinámica. El lugar se crea y es modificado de forma constante, a medida que los individuos experimentan formas diferentes de vincularse entre sí y proyectan esos vínculos en el medio geográfico que los rodea. Es por esto por lo que, para Berdoulay (1989), es tan importante prestar atención a la invención de las narrativas de lugar que exponen los individuos y sus colectividades.

En relación con ese aspecto, Rodman (2003) sugiere que la idea de narratividad del lugar expresa una relación cultural en la forma de hecho fenomenológico. Es decir, el lugar es asumido como representación de eventos que se desarrollan en las prácticas cotidianas de los individuos, y de los cuales es posible elaborar una interpretación lógica a través de una prolongación espaciotemporal. Los eventos remiten a pasados y futuros en los cuales el individuo es capaz de localizarse y proceder en consecuencia.

No obstante, tampoco debemos asociar a esta lectura de lugar con un tipo de racionalidad fría y calculadora. Stegner (1992) destaca los componentes subjetivo y afectivo que participan en la constitución del lugar. De ahí que, para este autor, ese término sea un punto de entrada analítico clave para comprender nociones como identidad, comunidad y colectividad, así como la manera en que éstas se encuentran imbricadas en la construcción de otros términos como territorio.

El lugar es, en cierto modo, un relato elaborado intersubjetivamente. Su proyección en la mente de cada individuo se entreteje con las representaciones de los otros a medida que la comunicación y el intercambio de ideas se va produciendo. La realidad, a fin de cuentas, es resultado de ese enmarañamiento de experiencias individuales, que solo son capaces de ser materializadas mediante dispositivos, símbolos y discursos compartidos por el colectivo (COX y HOLMES, 2000). El lugar es un espacio de actividad del sujeto, en el que también ocurre la construcción de su identidad cultural y colectiva (BERDOULAY, 2002).



Las formulaciones teóricas de la geógrafa británica Doureen Massey también nos brindan elementos para la reflexión. De acuerdo con esta autora, la concepción epistemológica de lugar nos provoca pensar en las relaciones de pertenencia y en un sentido incluyente de comunidad (MASSEY, 2000). Si bien la lectura de Massey es orientada por el análisis estructuralista-marxista, la incorporación de elementos de la microsociología en su estudio de las estructuras permite comprender que las experiencias subjetivas de los individuos están asociadas con las interpretaciones del espacio-tiempo y, de ese modo, se relacionan de forma directa con la construcción de los afectos y las emociones (MASSEY, 2015). Ese proceso es elaborado por los individuos a partir de su entorno inmediato. Se establece en un primer momento sobre el modo directo de experimentar y percibir aquello que es resultado de la proximidad física. Esta concepción de lugar está fuertemente anclada en el imaginario de lo local.

En una entrevista realizada en el año 2006, y publicada en Massey (2009), la autora amplía sus concepciones del término, al ser interrogada sobre la relación entre el cambio climático y la construcción ética que los individuos realizan en relación con el lugar. Quien interroga se muestra interesado en conocer su punto de vista sobre la manera en que las geografías emocionales del lugar pueden verse modificadas por causa de las manifestaciones del cambio climático y la afectación que acontece en la biosfera del planeta.

La respuesta que Massey desarrolla es particularmente sugestiva por su cercanía con los argumentos planteados por Anna Tsing. Massey comienza su formulación indicando que, una cantidad importante de lo que se ha pensado, dicho y escrito sobre el lugar, suele, comúnmente, incorporar una idea de la naturaleza basada en visiones de estabilidad. La naturaleza, en sus palabras, aparece como un telón estable, eterno (*eternal*).

Para la autora, la idea contraria, es decir, que la tierra “está en movimiento”, representa un recurso analítico idóneo para ejemplificar la variabilidad (*changeability*) de conceptos como lugar. Sin embargo, más representativo aún para el tipo de análisis que se propone en este artículo, es que Massey plantea la cuestión de la interdependencia y la inevitable apertura de lugares. Según su perspectiva, la noción de lugar implica una condición no solo de “abierto”, sino también de “ilimitado”. El caso de las migraciones por motivos ambientales, por ejemplo, abre la posibilidad para pensar en sentidos de lugar que evolucionan a partir de experiencias humanas asociadas a catástrofe, vulnerabilidad y riesgo, y cuya manifestación tiene efectos globales.

Lo que Massey nos está tratando de decir es que, la idea de lugar como espacio local estático que integra a comunidades *quase* homogéneas (y por lo general exclusivamente humanas), carece de sentido en un contexto de crisis ambiental planetaria. La connotación de “ilimitado” que caracteriza a los lugares producidos por fenómenos como el cambio climático abre la posibilidad para reflexionar sobre espacios comunes de devastación que envuelven al planeta entero, incluyendo el destino compartido con el resto de las especies.



De ahí que su representación y abordaje político solo pueda darse si se piensa en posibilidades de una política de lugar más-allá-del-lugar (*possibilities of a politics of place beyond place*) (Massey, 2009).

El giro epistemológico que este tipo de perspectivas nos sugieren es que las nociones de comunidad, cultura e identidad reproducidas por las concepciones tradicionales de lugar precisan ser problematizadas y ampliadas; de manera tal que los eventos límite como los fenómenos ambientales y las pandemias globales den paso a narrativas de convivencia y cuidado que sean compartidas por todos e incluso sean extensivas a las demás especies.

La pandemia nos colocó a todos en un lugar común. El carácter global del Covid-19 creó una vecindad que antes desconocíamos, y con ella una nueva vivencia de la espacialidad que trasciende nuestra vivencia del lugar cotidiano. Esta crisis sanitaria nos hizo comprender que no basta con imaginar un espacio habitable, si éste no reúne las condiciones adecuadas para la reproducción de la vida humana y las especies.

La proximidad traída por la pandemia trasciende el factor geográfico, y reproduce una noción distinta del sentido de geolocalización que vinculamos con los contextos físicos. Por paradójico y contradictorio que parezca, está emergiendo una nueva intersubjetividad en la manera de relacionarnos, que es también la consecuencia de nuestra fragilidad compartida: la vulnerabilidad de nuestros sistemas biológicos (en sus diferentes escalas) y la presión provocada por el agotamiento de los servicios sanitarios. A través de este nuevo registro de riesgos y peligros, en el que el cuerpo aparece como primer territorio de defensa, es que podemos ser capaces de imaginar una nueva ética de convivencia multiespecies.

Surge entonces otra interrogante sobre la que es necesario reflexionar con mayor profundidad y detenimiento: ¿Cómo transformar el carácter simbólico de esa fragilidad compartida en proyecto político orientado por la idea de lugar común?

En una entrevista reciente, los pensadores franceses Pierre Dardot y Christian Laval señalaron que “*lo que la pandemia pone a prueba es la capacidad de las organizaciones políticas y económicas para hacer frente a un problema global ligado a las interdependencias individuales, dicho de otro modo, que afecta a la vida social más elemental*” (LES INVITÉES DE MEDIAPART, 2020).

De acuerdo con los autores, no podemos esperar a que las respuestas y soluciones “vengan desde arriba” exclusivamente, dictadas por la acción del Estado a sus ciudadanos. Dardot y Laval argumentan que la lógica del paternalismo libertario, adoptada por los estados europeos más afectados durante los primeros meses de la pandemia, y según la cual se dejaba en manos de la población la decisión de incorporar las medidas de seguridad y protección de forma voluntaria, se correspondía en realidad con el imperativo económico, y la elección de retrasar la adopción de acciones que llevarían al debilitamiento y posterior crisis de la economía.



Para Dardot y Larval, este uso de la soberanía estatal afecta incluso los principios básicos de la democracia y los derechos humanos, al poner en marcha un repliegue identitario en donde el significado de lo público y lo estatal se confunde. El uso indiscriminado de estos términos conduce a la falsa creencia de que los servicios públicos son un favor que haría el Estado a los ciudadanos, y no un deber de los gobernantes respecto de los gobernados.

Esta manera de comprender el rol del Estado soberano en la atención a la pandemia corre el riesgo de instrumentalizar la provisión de las políticas de protección social y vaciarlas de su sentido universal y solidario. Por otra parte, estas políticas de cuidado centradas exclusivamente en los seres humanos emergen sin conexión alguna con estrategias de preservación de los espacios naturales y de conservación de vida silvestre. Considerado desde la perspectiva de Haraway (2016), estos abordajes son en extremo funcionalistas, y no permiten pensar en salidas a las crisis fuera de los márgenes de un Antropoceno enquistado en la lógica de producción capitalista, y contrario a cualquier proyecto de estrechamiento de los lazos entre las especies.

La respuesta al problema de la desconexión se encontraría aquí con otro desafío. Un dilema de argumentación que impide la traducción de la conciencia del cambio en un lenguaje de praxis política común; y en donde la separación entre humanos y no humanos, sociedad y naturaleza, sigue actuando como garantía de continuación del moderno sistema capitalista (FLEURY et al., 2014).

En el ámbito epistemológico, esa barrera argumentativa puede ser mejor comprendida si la pensamos como crisis de imposibilidad, en donde las experiencias subjetivas compartidas en relación con la pandemia se muestran incapaces de construir nuevos sentidos de pertenencia y comunidad.

Entonces, ¿cómo pensar una tentativa de superación a este dilema? Una propuesta puede comenzar a ser ensayada a partir de las políticas de relacionamiento sobre las que reflexionan Massey y Keynes (2004), y que tendrían por objetivo la reproducción de prácticas intersubjetivas y relaciones de proximidad que nos hagan “sentirnos parte” de este planeta nuevamente. La expresión “geografías de lo imaginario”, utilizada por Lindón y Hiernaux (2012), también resulta un término estimulante, a la vez que sugestivo, para pensar las interseccionalidades entre espacialidad y producción intersubjetiva de identidades a partir de las vivencias del lugar.

A través de estos conceptos, es posible pensar en una ética de la convivencia espacial como lugar común desde el que se pueden ensayar nuevos imaginarios para la reparación del mundo. Un proyecto político y filosófico basado en el diálogo constante, horizontal y abierto a modos de vida plurales y diversos.

Para Massey y Keynes (2004) estos elementos deben hacernos reflexionar sobre la importancia que tiene la construcción relacional de las subjetividades políticas. Es decir, su influencia en el surgimiento de una nueva narrativa del espacio-tiempo, un nuevo proyecto transformacional de las estructuras fijas, o una interfaz



entre las anteriores, que nos permiten repensar las concepciones actuales sobre desarrollo, civilización, e incluso humanidad.

Es a través del sentido intersubjetivo de un lugar no físico, como lo define Oliveira (2012), que las políticas y las ontologías relacionales permiten abrir el futuro para trayectorias de reproducción de la vida distintas a la establecida por el sistema capitalista. Este nuevo sentido de lugar puede llevarnos a la renovación del arraigo, y con él la reinstauración de los vínculos trascendentes con el planeta.

Los argumentos bosquejados hasta ahora invitan a pensar (en) una ética de la convivencia espacial como proyecto político. En concordancia con Dubar (2008), el actor de este proyecto político sería un agente de la transformación, que comparte su voz con el resto de la humanidad y el conjunto de los seres vivos no humanos. Este giro epistemológico tiene importantes implicaciones políticas, entre las que podemos citar las siguientes:

1. La identificación de nuevas trayectorias de encuentro entre la geografía humana y la ecología política, como alternativa crítica a los estudios modernos del desarrollo.
2. La construcción de marcos cognitivos vigorosos para analizar de forma detallada la nueva institucionalidad política global que surgirá tras la pandemia, y sus interconexiones con la crisis del modelo de crecimiento económico capitalista y la crisis ambiental.
3. Un mirar sistémico, no funcionalista ni especicista, para pensar las políticas del cuidado entre humanos y no humanos. Así como la defensa cotidiana de una vida vivible en un espacio socio-ecológico preservado.

Lo que esta nueva ética de la convivencia espacial nos propone es una reconfiguración del debate público, más allá de los márgenes de una economía de mercado o de la acción del Estado soberano. Esta ética sienta las bases para un diálogo entre actores cosmopolitas e interconectados que al mismo tiempo se encuentran localizados territorialmente y son conscientes de su responsabilidad compartida.

Ensamblajes afectivos y políticas del cuidado multiespecies

Para entender la manera en que la pandemia del Covid-19 puede transformar la conceptualización y las concepciones sobre corporalidad y subjetividad política movilizadas por la ciencia y la tecnología modernas, y así determinar las posibles implicaciones a nivel político, resulta crucial tener en consideración el pensamiento de autores como Nick Bingham, Kathryn Yusoff y Jamie Lorimer.



Pensar las espacialidades y las nuevas convivencias en el contexto de la crisis sanitaria actual implica necesariamente la búsqueda de otras ontologías y de relaciones distintas entre la ciencia y la política, que nos permitan la valoración crítica de los mecanismos de deliberación que establecemos con agencias, experticias y subjetividades no humanas.

Lorimer y Driessen (2014) proponen la experimentación con ejercicios de deliberación pública que no conviertan a la biodiversidad en un “recurso” que puede ser extraído de la naturaleza para fines utilitaristas. Como expresa Lorimer (2012), de lo que se trata es de rescatar la biodiversidad de la tiranía de la naturaleza y de establecer proyectos de conservación que promuevan la manifestación de biodiversidades múltiples y diversas. Estas prácticas conservacionistas implican procesos abiertos, inciertos y de negociación constante entre las personas y los ecosistemas, pues de ello depende su capacidad de adaptación a eventos emergentes, como las pandemias (JOHNSON et al., 2014).

Lorimer (2012) además alude a la posibilidad de pensar en términos de geografías multinaturales, cuyo abordaje nos ofrezca un mundo de diferencias, y cuyas formas y trayectorias no pueden ser conocidas por adelantado. Estas geografías multinaturales aluden a una ontología de la materia vital, por medio de la cual la experiencia de los animales, las plantas y otros organismos vivos también es valorada (Lorimer y Driessen, 2014)

Este giro ontológico tiene al menos dos implicaciones epistemológicas centrales para la reflexión sobre el proyecto político de la nueva ética de la convivencia espacial en el contexto de la pandemia del Covid-19. La primera, como lo hace notar Bingham (2006), es el reconocimiento de múltiples agencias y ontologías no humanas que participan en la recreación del mundo a través del lugar. Bingham y Hinchliffe (2008) proponen articular otras formas de reconstituir naturalezas y modos de convivencia multispecies mediante políticas de amistad con los no humanos. Estos autores conciben este género de políticas como luchas ontológicas, sujetas a varios tipos de poder, que nos invitan a pensar la vida como ensamblajes compuestos por lo humano y lo no humano; y a través de los cuales es posible reconocer la existencia de diversas entidades en los territorios, que confluyen y generan nuevas territorialidades y expresiones de vida.

Una segunda consecuencia importante del giro ontológico propuesto está asociada con lo que Yussuf (2009) describe como la ética emergente dentro del desastre aún por venir. Esta autora analiza la influencia de los Modelos de Circulación General (MCGs) en la representación científica y política del cambio climático. Estos modelos se basan en tecnologías de modelización y predictibilidad que conciben visiones de futuro y de globalidad que tienen efectos importantes sobre la forma de percibir, conocer y vivenciar las crisis ambientales.



Yussof (2009) agrega, con base en Ingold (1993) y Crosgrave y Cosgrave (2001), que el pensamiento “global” que se encuentra presente en las estéticas del cambio climático reproducidas por estas tecnologías responde a registros de entendimiento liberal, en los que la ciudadanía es vista como un consumidor en masa. De este modo, la estetización de las catástrofes es mercantilizada en la forma de un globalismo digitalizado que nos impide mirar el desastre como un espacio para el pensamiento vital y la posibilidad ética.

En un artículo posterior, Yussof (2010) enfatiza que la estética debe ser considerada como parte de la praxis política y, por ende, un espacio que ayuda a configurar el ámbito de lo que es posible a través de la acción política. Siguiendo a Foucault (1977), la autora también sostiene que la estética es una forma de ética: una “estética de la existencia”, que influye en la manera en que fabricamos las experiencias y los actos. Por consiguiente, la estética es un modo de articulación entre formas de acción, producción, percepción y pensamiento que induce formas de subjetividad política.

Desde el punto de vista de la nueva ética de la convivencia espacial, lo más significativo de ambas implicaciones es que, tanto el reconocimiento explícito de las agencias no humanas como la narrativa de los actos estéticos que forman parte de la representación de las crisis ambientales, contribuyen a movilizar elementos sensoriales y afectivos que pueden ayudarnos a pensar en maneras distintas de estar-con-otros. En ambos casos, opera una redistribución de lo sensible que abre posibilidades para dar sentido y actuar ante las catástrofes. Cabe preguntarse, entonces, qué podemos esperar de los ensamblajes más-que-humanos que surgieron (y continúan surgiendo) con la pandemia del Covid-19 y, aún más importante, de qué forma podemos aprender de ellos.

Lorimer (2012) considera el rol clave que tiene el afecto en la anunciación (y la enunciación) de futuros políticos. Según su perspectiva, la movilización de los afectos y las emociones es crucial para el surgimiento de un abordaje posthumanista, en el que las concepciones de subjetividad son reelaboradas de forma constante para respetar a la multiplicidad de cogniciones y fenomenologías no humanas.

Gibbs (2020), sin embargo, recomienda descentralizar lo que de forma tradicional ha sido privilegiado en las relaciones humanos-animales, es decir, la experiencia humana en esas relaciones. Esta autora propone insumos analíticos para discutir las geografías animales en el Antropoceno, destacando la importancia del diálogo entre la geografía y disciplinas como la etología y la zoología. De igual manera, Head et al. (2014) plantean una discusión sobre políticas vegetales, en la que analizan las relaciones humanos-plantas. En su trabajo, se argumenta que estas políticas están abiertas a nuevos espacios de acción política y subjetividad, al desafiar los marcos políticos que están limitados a los seres humanos.

Estos trabajos recientes nos ayudan a comprender de forma más adecuada el modo en que las experiencias de convivencialidad con otros seres vivos amplían las capacidades sensoriales para percibir y



actuar ante las crisis ambientales y sanitarias. Si comenzamos a visualizar a los animales, las plantas y demás seres vivos como sujetos y agentes, es claro que nuestro posicionamiento ético con relación a las diferentes vivencias, prácticas y políticas de conservación también debe ser revisado. De forma paradójica, la pandemia del Covid-19 nos brinda un contexto oportuno para replantearnos las consecuencias trágicas del tipo de ensamblajes multiespecies que caracterizan a los paisajes del Antropoceno, los *plantations*, y la manera en que otros modos de relacionamiento pueden abrir posibilidades imaginativas y creativas para diseñar políticas alternativas basadas en el afecto y el cuidado ético.

La propagación del Covid-19 pone a prueba la capacidad humana de adaptación a nuevos escenarios de incertidumbre, pero esto afecta en igual medida a otras especies. La orden de sacrificio de alrededor de 17 millones de visones en Dinamarca, en noviembre pasado, luego de que se comprobaran casos positivos de una nueva variante de coronavirus en animales de esa especie que se encontraban en condiciones de cautiverio, es un claro ejemplo. La noticia generó todo tipo de reacciones de la opinión pública, tanto dentro como fuera de ese país nórdico. Stirling y Scoones (2020) lo definen de un modo claro, al señalar que la rápida diseminación del Covid-19 es un triste recordatorio de la futilidad del control en el mundo moderno, y con ello buscan colocar en perspectiva nuestra confianza ciega en el uso de artefactos tecnológicos como medio de prolongación de la vida.

Estas ideas nos permiten reflexionar sobre la manera en que nuestros referentes éticos para practicar valores comunes como la empatía y la tolerancia están siendo transformados. Para Todorov (2004), la preocupación hacia el otro debe ser considerada un acto moral, que trasciende nociones como solidaridad o caridad. En los tiempos actuales, cualquier expresión de cuidado del otro sufre la amenaza inminente de ser interceptada por las invenciones que son fruto de nuestra civilización moderna. Es por esto por lo que los enfoques que proponen el (re)conocimiento de experiencias afectivas con (y entre) animales, plantas y otros organismos, es recibido con incredulidad y resistencia por parte de un sector de la academia y la política (LORIMER et al., 2019).

Covid-19 y la formación de una subjetividad pandémica

Es importante recordar las palabras de Massey (2015), quien menciona que la interpretación de experiencias como cercanía o distancia es también una manifestación de los afectos y las emociones, y que ambas están intermediadas por la corporalidad. Sin embargo, lo que el Covid-19 trastocó es la experiencia de distanciamiento que tiene lugar en la proximidad mediada. Lo que estamos observando con la persistencia de la pandemia es una urgencia cada vez mayor por cotidianizar los lugares extraños que aparecieron con el



confinamiento. En diálogo con Claval (1999), podemos decir incluso que el virus actúa como agente de nuevos procesos de estructuración y crea territorios indómitos en los que no habíamos estado anteriormente.

La convivencia en la era del Covid-19 va a instaurarse en el terreno de alteridades en constante transfiguración. Esto resulta particularmente llamativo en relación con la manera en que las personas afectadas experimentan la dolencia: el cuerpo pasa a convertirse en un territorio en disputa, en el que Estado y Ciencia buscan extirpar un huésped indeseado.

Si antes se argumentó que el Covid-19 nos colocó a todos en un lugar común, esto no niega las desigualdades estructurales que anteceden al coronavirus, y que la pandemia no solo contribuyó a hacer evidentes, sino que también incrementó.

Dardot y Larval critican la xenofobia institucionalizada que acompañó la decisión temprana del cierre de fronteras en algunos Estados, como medida para proteger a su población nacional del “virus extranjero”. Estos autores también identifican en el discurso de algunos dirigentes políticos una asimilación de los términos coronavirus e inmigración, al indicar que están ligados porque ambos se propagan con los desplazamientos (LES INVITÉS DE MEDIAPART, 2020).

La invención de estas narrativas tiene implicaciones graves respecto al auge de las extremas derechas en Europa y el mundo entero, así como la continuidad de ciertos populismos, de los que América Latina es un claro ejemplo. En todos los casos, las consecuencias parecen ser las mismas: la vulnerabilización del bienestar general y el abandono de las personas (y especies) consideradas más frágiles.

De acuerdo con el filósofo italiano Giorgio Agambem, este contexto puede favorecer la ruptura con el lenguaje del autoritarismo. Una posibilidad para oponer resistencia a una biopolítica cuya violencia simbólica está cobrando la vida de seres humanos (y otras especies) que se encuentran localizados “en las antípodas del sistema” (BERG, 2020).

Sin embargo, esta reivindicación del mandato democrático en sociedades con clara tendencia neoconservadora aún no termina de formarse. La contra ciencia, el ataque sistemático al pensamiento científico y laico y el auge de las *fake news*, nos advierten de la configuración de una realidad política y social diametralmente diferente.

Las experiencias recientes en países como Brasil (Administración Bolsonaro) o Estados Unidos (era Trump), son un claro ejemplo del alineamiento de la clase política dirigente con esa clase de discursos. Esto sugiere entonces que el cuidado multiespecies también debe formar parte de un posicionamiento político, a partir del cual se puede pensar en la dolencia del Covid-19 como lugar común que pueda ser utilizado para recuperar y ampliar las atmósferas animales. Este término es sugerido por Lorimer et al. (2019), quienes



argumentan que puede ser útil para desarrollar las preocupaciones establecidas con la biopolítica de la gestión animal en el Antropoceno. Después de todo, cabe recordar que emergencias sanitarias como la provocada por la pandemia son el resultado de la crisis de desconexión con la naturaleza, y una consecuencia directa del mito de la excepcionalidad humana.

La historiadora de la ciencia Isabelle Stengers reflexiona sobre la destrucción de una inteligencia colectiva concreta en manos de políticos tecnócratas y aliados de las lógicas de mercado. Para esta autora, la tragedia de los comunes consiste en el desmembramiento progresivo del Estado benefactor y su garantía de democracia inclusiva (STENGERS, 2015). Lo que está en juego es la reapropiación de las capacidades de pensar y de actuar en conjunto con las biodiversidades múltiples y diversas. Empleando las palabras de Stengers, este sería el arte de tener cuidado. Un arte que, a su vez, está relacionado con la vigencia de las capacidades creativas e imaginativas para combatir los regímenes socioeconómicos expansivos, que niegan las posibilidades de un futuro realizable a una cantidad significativa de personas y especies.

Como es señalado por Lussault (2007), el surgimiento de virus a lo largo de la historia ha permitido la instauración de nuevos paisajes y geoestrategias humanitarias. En relación con la pandemia del Covid-19, la vigencia de las formas de cuidado multiespecies puede contribuir a la fundación de nuevas epistemologías y coaliciones políticas con los no humanos, que a su vez nos permitan pensar lo individual y lo colectivo como dos dimensiones inseridas en una misma escala. De igual manera, las atmósferas animales representan un registro analítico sugerente que, además de ayudarnos a pensar sobre las políticas estéticas de la pandemia, nos puede ser útil para identificar las formas de subjetividad política que emergen como expresión material de los sujetos sensibles y su capacidad de agencia, en contextos de emergencia sanitaria y ambiental (LORIMER et al, 2019).

Al considerar las atmósferas animales en la reflexión sobre los desafíos éticos y políticos de la pandemia del Covid-19, se puede ampliar el análisis sobre la convivencia multiespecies a una rica y poco explorada diversidad de formas de estar-con-otros, que sugiere una alternativa válida a la narrativa antropocéntrica de “estar-en-el-mundo”.

Consideraciones finales

El cantautor y poeta canadiense de origen judío, Leonard Cohen, escribió que hay una grieta en todo, y es así como entra la luz (COHEN, 1992). Las ideas presentadas en este artículo nos proponen una reflexión sobre la difícil situación que vive el mundo por causa de la pandemia del covid-19. Esta emergencia sanitaria también puede ser vista como una oportunidad para generar cambios significativos; invitándonos a encontrar en ella un sentido aleccionador, en momentos en que el llamado a la acción solidaria es imperativo.



El final de la crisis aún es incierto, y es probable que sus consecuencias socioeconómicas y políticas aún continúen afectándonos durante mucho tiempo; incluso cuando los gobiernos nacionales de los diferentes países hayan conseguido inmunizar a la mayoría de su población. A pesar de ello, hay un conjunto de aprendizajes que la trayectoria actual del virus nos ofrece.

¿Qué tipo de enseñanzas pueden ser obtenidas? La primera de ellas es que nos vimos obligados a reconocer que, además de los seres humanos, existen otros actores no humanos con agencia, incluyendo a los virus. El hecho de que un microorganismo haya demostrado tener la capacidad para alterar la cotidianeidad del mundo en tan amplia escala, marca un punto de inflexión importante en nuestro imaginario antropogénico supremacista. El espectro cosmopolita de la pandemia alcanzó los rincones más alejados del mundo, aun cuando las fronteras entre países permanecían cerradas. El esparcimiento del virus se produjo en paisajes desterritorializados, en los que la aparente separación entre categorías dicotómicas como: lo local y lo global, lo humano y lo no humano, quedó irremediabilmente suspendida.

Un segundo aprendizaje es que la sensación de vulnerabilidad que experimentamos ante el virus nos hizo ser más conscientes de lo frágiles que somos como especie, y del riesgo que representan también otras amenazas, como las crisis socioambientales asociadas con el cambio climático antropogénico. Es gracias a la pandemia que, en los últimos meses, el debate público sobre la incorporación del pensamiento ecológico profundo en la praxis política se esté fortaleciendo. Conceptos como Antropoceno, por ejemplo, comienzan a ser de uso cada vez más extendido, en espacios distintos al de la academia o el del activismo ambiental.

Un tercer aprendizaje tiene que ver con las dimensiones emocional y socioafectiva. El surgimiento glocalizado del virus, su simultaneidad en diferentes contextos geográficos, favorecieron el sentido de la unidad, una suerte de destino compartido; con episodios de preocupación hacia el otro que antes no resultaban tan evidentes. Desde los paisajes en ruinas, de ciudades y pueblos con tasas elevadas de muertes y contagios, el mundo también ha sido testigo del surgimiento de imágenes cotidianas de amor y cuidado. El combate a la pandemia está haciendo posible la construcción de formas novedosas de convivencialidad con las demás especies, en las cuales se están reconfigurando las epistemologías convencionales de lo biológico, lo cultural y lo político.

Un cuarto aprendizaje es una mayor adscripción a la creencia de que la superación de la crisis económica y sanitaria provocada por el Covid-19, solo es posible si se crean las condiciones necesarias para que exista un desarrollo justo e incluyente, basado en los valores de la pluralidad y la diferencia. Es en este punto en que el interés en crear modos distintos de co-habilitabilidad del espacio, no solo para los seres humanos, sino también para las demás especies, aparece de forma contundente.



Un incremento de las críticas a modelos de crecimiento económico predatorios y extractivistas, causantes del deterioro de los ecosistemas y la destrucción de hábitats silvestres, pone en tela de juicio las políticas para el desarrollo sostenible promovidas por el enfoque de la modernización ecológica capitalista; sugiriéndonos, al mismo tiempo, a considerar registros diferentes como las prácticas de conservación movilizadas por las geografías más-que-humanas, y la consideración de nuevos elementos reflexivos como las geografías multinaturales y las atmósferas animales.

Todavía está por verse si el coronavirus puede estimular un cambio paradigmático en la dirección apropiada. De momento, lo que es posible advertir es la presión creciente por modificar la narrativa antropocéntrica de “estar-en-el-mundo”, que de manera trágica está acabando con nuestras opciones para habitar el mañana.

BIBLIOGRAFÍA

- AFELT, Aneta; FRUTOS, Roger; DEVAUX, Christian. Bats, coronaviruses, and deforestation: Toward the emergence of novel infectious diseases? *Frontiers in microbiology*, 2018, vol. 9, p. 1-5.
- AMDUR, Liron; EPSTEIN-PLIOUCHTCH, Marina. Architects' places, users' places: place meanings at the new central bus station, Tel Aviv. *Journal of Urban Design*, 2009, vol. 14, no 2, p. 147-161.
- BEAR, Christopher. Assembling ocean life: More-than-human entanglements in the blue economy. *Dialogues in Human Geography*, 2017, vol. 7, no 1, p. 27-31.
- BERDOULAY, Vincent. Place, meaning, and discourse in French language geography. In: Duncan, James; Agnew, John. (Org.). *The power of place: bringing together geographical and sociological imaginations*. Boston: Unwin Hyman, 1989, p. 124-139.
- BERDOULAY, Vincent. Le lieu et l'espace public. *Cahiers de géographie du Québec*, 1997, vol. 41, no 114, p. 301-309.
- BERDOULAY, Vincent. Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir. *Boletín de la Asociación de geógrafos españoles*, 2002, no 34, p. 51-61.
- BERG, Anastasia. Giorgio Agamben's coronavirus cluelessness. *The Chronicle of higher education*, 2020, vol. 23, p. 1-7.
- BINGHAM, Nick. Bees, butterflies, and bacteria: biotechnology and the politics of nonhuman friendship. *Environment and Planning A*, 2006, vol. 38, no 3, p. 483-498.
- Bingham Nick; Hinchliffe, Steve. Reconstituting natures: Articulating other modes of living together. *Geoforum*, 2008, no 39, p. 83-87.
- BLUE, Gwendolyn; ROCK, Melanie. Genomic trans-biopolitics: Why more-than-human geography is critical amid the COVID-19 pandemic. *Dialogues in Human Geography*, 2020, vol. 10, no 2, p. 287-290.
- CLAVAL, P. O território na transição da pós-modernidade. *Geographia*, 1999, vol. 1, no 2, p. 7-26.
- COHEN, Leonard. Anthem. In *The Future* [CD]. Los Angeles, EU.: Columbia. 1992.
- COSGROVE, Denis E.; COSGROVE, Carmen P. *Apollo's eye: a cartographic genealogy of the earth in the western imagination*. United States: JHU Press, 2001. 352p.
- COUNTRY, Bawaka, et al. Working with and learning from Country: decentring human authority. *Cultural geographies*, 2015, vol. 22, no 2, p. 269-283.
- COX, Helen M.; HOLMES, Colin A. Loss, healing, and the power of place. *Human Studies*, 2000, vol. 23, no 1, p. 63-78.
- DOWLING, Robyn; LLOYD, Kate; SUCHET-PEARSON, Sandra. Qualitative methods II: 'More-than-human' methodologies and/in praxis. *Progress in Human Geography*, 2017, vol. 41, no 6, p. 823-831.



- DUBAR, Claude. Agente, ator, sujeito, autor: do semelhante ao mesmo. In: **Primeiro Congresso da Associação Francesa de Sociologia**. 2004. p. 56-69.
- DUSSEL, Enrique; FORNAZZARI, Alessandro. World-System and "Trans"-Modernity. **Nepantla: Views from South**, v. 3 n. 2, 2002, p. 221-244.
- FOUCAULT, Michel. An aesthetics of existence. **Politics, philosophy, culture: Interviews and other writings**, 1977, vol. 1984, p. 47-53.
- FLEURY, Lorena Cândido; ALMEIDA, Jalcione; PREMEBIDA, Adriano. O ambiente como questão sociológica: conflitos ambientais em perspectiva. **Sociologias**, 2014, vol. 16, no 35, p. 34-82.
- GIBBS, Leah M. Animal geographies I: Hearing the cry and extending beyond. **Progress in Human Geography**, 2020, vol. 44, no 4, p. 769-777.
- HARARI, Yuval Noah. Sapiens. **De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad**. Madrid: Debate, 2014. 484p.
- HARAWAY, Donna. Antropoceno, Capitaloceno, Plantationoceno, Chthuluceno: fazendo parentes. **ClimaCom Cultura Científica**, 2016, vol. 3, no 5, p. 139-146.
- HEAD, Lesley, et al. Vegetal politics: belonging, practices and places. **Social & Cultural Geography**, 2014, vol. 15, no. 8, p. 861-870.
- HIERNAUX, Daniel; LINDÓN, Alicia. **Geografías de lo imaginario**. Barcelona: Anthropos Editorial, 2012.
- INGOLD, Tim. Globes and spheres: the topology of environmentalism. In: MILTON, Kay. (Org.). **Environmentalism: The view from anthropology**. New York: Routledge, 1993, 250p. p 29-40.
- JOHNSON, Elizabeth, et al. After the Anthropocene: Politics and geographic inquiry for a new epoch. **Progress in Human Geography**, 2014, vol. 38, no 3, p. 439-456.
- LANDER, Edgardo. Com o tempo contado: crise civilizatória, limites do planeta, ataques à democracia e povos em resistência. In: LANG, Miriam et al (org.). **Descolonizar o imaginário: Debates sobre pós-extrativismo e alternativas ao desenvolvimento**. São Paulo: Elefante, 2016. p. 215-253.
- LATOUR, Bruno. Esperando a Gaia. Componer el mundo común mediante las artes y la política. **Cuadernos de Otra parte**. Revista de letras y artes, 2012, vol. 26, p. 67-76.
- LEFF, Enrique. Sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia 'otro' programa de sociología ambiental. **Politai**, 2013, vol. 4, no 6, p. 127-154.
- LEFF, Enrique. Political ecology: a Latin American perspective. **Desenvolvimento e meio ambiente**, 2015, vol. 35, no 35, p. 29-64.
- LES INVITÉS DE MEDIAPART. **L'épreuve politique de la pandémie**. Disponível em: <https://blogs.mediapart.fr/les-invites-de-mediapart/blog/190320/l-epreuve-politique-de-la-pandemie> Acesso em: 20 novembro 2020.
- LINDÓN, Alicia; HIERNAUX, Daniel. **Geografías de lo imaginario**. Barcelona: Anthropos, 2012. 256p.
- LORIMER, Jamie. Multinatural geographies for the Anthropocene. **Progress in human geography**, 2012, vol. 36, no 5, p. 593-612.
- LORIMER, Jamie; DRIESSEN, Clemens. Wild experiments at the Oostvaardersplassen: rethinking environmentalism in the Anthropocene. **Transactions of the Institute of British Geographers**, 2014, vol. 39, no 2, p. 169-181.
- LORIMER, Jamie; HODGETTS, Timothy; BARUA, Maan. Animals' atmospheres. **Progress in Human Geography**, 2019, vol. 43, no 1, p. 26-45.
- LUSSAULT, Michel. **L'homme spatial: la construction sociale de l'espace humain**. Paris: Éditions du Seuil, 2007. 400p.
- MADDRELL, Avril. Bereavement, grief, and consolation: Emotional-affective geographies of loss during COVID-19. **Dialogues in Human Geography**, 2020, vol. 10, no 2, p. 107-111.
- MÁRAI, Sándor. **La Hermana**. 3. ed. Barcelona: Ediciones Salamandra, 2007. 253p.
- MASSEY, Doreen. **Space, place and gender**. United States: University of Minnesota Press. 1994. 288p.
- MASSEY, Doreen. Um sentido global do lugar. ARANTES, Antonio A. (org.). **O espaço da diferença**. Campinas: Papirus, 2000. 304p. p. 176-185.
- MASSEY, Doreen. The possibilities of a politics of place beyond place? A conversation with Doreen Massey. **Scottish Geographical Journal**, 2009, vol. 125, no 3-4, p. 401-420.



MASSEY, Doreen. **Pelo espaço**: uma nova política da espacialidade. Trad. Hilda Pareto Maciel e Rogério Haesbart. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2015.

MASSEY, Doreen; KEYNES, Milton. Filosofia e política da espacialidade: algumas considerações. **GEOgraphia**, 2004, vol. 6, no 12. p. 7-23.

OLIVEIRA, Livia de. O sentido de lugar. **Qual o espaço do lugar**, 2012, vol. 1, p. 03-16.

OLIVERAS, Lucía. **Antonio Tenorio, virologo: "Tenemos que conseguir erradicar el virus frenando el contagio"**. Disponível em: <https://www.masvive.com/noticia/10920/entrevistas/antonio-tenorio-virologo:-tenemos-que-conseguir-erradicar-el-virus-frenando-el-contagio.html> Acesso em: 19 novembro 2020.

OSBORNE, Tracey. Public political ecology: A community of praxis for earth stewardship. **Journal of Political Ecology**, 2017, vol. 24, no 1, p. 843-860.

RIECHMANN, Jorge. La crisis del coronavirus desde el ecosocialismo gaiano. **Viento sur**: Por una izquierda alternativa, 2020, no 169, p. 11-18.

RODMAN, Margaret C. Empowering place: Multilocality and multivocality. **American Anthropologist**, 1992, Vol. 94, No. 3, p. 640-656.

STENGERS, Isabelle. **No tempo das catástrofes**: resistir à barbárie que se aproxima. São Paulo: Cosac Naify, 2015. 166p.

STEGNER, Wallace. **A Sense of place**. New York, NY: Random House. 1992.

STIRLING, Andrew; SCOONES, Ian. COVID-19 and the Futility of Control in the Modern World. **Issues in Science and Technology**, Summer, 2020, vol. 2020, p. 25-27.

SUSANTO, Gatut, et al. The Emotional Geography of International Students in Online Bahasa Indonesia Learning during the COVID-19 Pandemic. **Journal of International Students**, 2020, vol. 10, no 3, p. 161-179.

TODOROV, Tzvetan. **Frente al límite**. España: Siglo XXI, 2004. 324p.

TSING, Anna. **Viver nas ruínas**: paisagens multiespécies no Antropoceno. Brasília: IEB Mil Folhas, 2019. 284p.

TSING, Anna. O Antropoceno mais que humano. **Ilha Revista de Antropologia**, Florianópolis, 2020, v. 23, n. 1, p. 176-191.

VENTURA, Deisy de Freitas Lima; GIULIO, Gabriela Marques di; RACHED, Danielle Hanna. Lessons from the Covid-19 pandemic: sustainability is an indispensable condition of Global Health Security. **Ambiente & Sociedade**, 2020, vol. 23, p. 1-11.

WALLACE, R. **Big Farms Make Big Flu**. Dispatches on Infectious Disease, Agribusiness, and the Nature of Science. New York: New York University Press. 2016. 400p.

WATTS, Jonathan. **Bruno Latour: 'This is a global catastrophe that has come from within'**. Disponível em: <https://www.theguardian.com/world/2020/jun/06/bruno-latour-coronavirus-gaia-hypothesis-climate-crisis> Acesso em: 20 novembro 2020.

WHATMORE, Sarah. Materialist returns: practising cultural geography in and for a more-than-human world. **Cultural geographies**, 2006, vol. 13, no 4, p. 600-609.

YUSOFF, Kathryn. Excess, catastrophe, and climate change. **Environment and Planning D: Society and Space**, 2009, vol. 27, no 6, p. 1010-1029.

YUSOFF, Kathryn. Biopolitical economies and the political aesthetics of climate change. **Theory, Culture & Society**, 2010, vol. 27, no 2-3, p. 73-99.